

Arturo Sosa A.

El Salvador: Paz o ausencia de guerra

El 1º de enero de 1992, día propuesto por el Papa Pablo VI como jornada internacional de oración por la paz, recibimos la auspiciosa noticia del acuerdo firmado en la sede de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York para la firma en México el 16 de enero del Pacto de Paz entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el Gobierno de la República de El Salvador presidido por Alfredo Cristiani. Dos años de difíciles negociaciones han hecho posible poner fin a una devastadora guerra de doce años. Nadie disimuló su entusiasmo ante un logro visto como cercano a lo imposible hasta su momento final. La realidad de un nuevo marco de relaciones políticas en El Salvador ponen ahora en primer plano las cuestiones fundamentales de transformar a fondo las estructuras económicas y sociales de forma que procure condiciones de vida humana a un pueblo que ha luchado por décadas sin perder su fe ni su esperanza.

UN PASO GIGANTE

De diversas partes se ha calificado este acuerdo como una "revolución" en El Salvador. Una revolución que se inició cuando surgió la voluntad de negociar en lugar de seguir intentando el triunfo militar como única vía de alcanzar los objetivos de cada una de las partes. Se definió en la llegada al Acuerdo de Paz que se acaba de firmar. Y se hará realidad si se pasa del papel a la realidad en el corto, mediano y largo plazo.

El salto cualitativo es la aceptación por la sociedad salvadoreña, por su gobierno, por la Fuerza Armada y por el FMLN de la posibilidad y el deseo de dirimir sus conflictos internos por medios políticos en lugar de militares, por la vía de la negociación que reconoce al otro y busca la conciliación de intereses sin la aniquilación de ninguno de los integrantes. En ese sentido es una auténtica revolución política que es necesario recalcar.

El Salvador ha vivido una guerra civil que ha provocado sufrimientos inenarrables a su pueblo, con un resultado paradójico: sin victoria militar. También de

parte y parte se ha calificado de una guerra "sin vencedores ni vencidos". La frase suena bien en el momento de la firma del acuerdo, pero no es verdad. Si el pueblo salvadoreño no ha ganado, entonces ha perdido. Si no ha ganado por lo menos su reconocimiento como elemento fundamental de la vida salvadoreña, entonces ha perdido más de setenta mil vidas; porque fue el pueblo el que puso las víctimas de parte y parte. El tratado de paz es algo más que ausencia de guerra si el pueblo salvadoreño es el triunfador, tal como lo declaró -esperamos que sintiéndolo de verdad y no como frase bonita para la prensa internacional- el Presidente Cristiani al firmar como testigo el Acuerdo y lo resaltó el Presidente Salinas de Gortari de México. Lo que no ha habido, y es ya un triunfo, es "aniquilados y aniquiladores".

El papel de la comunidad internacional ha sido relevante en este proceso. Mientras no había modo de escapar al maniqueo esquema Este-Oeste, fue imposible hacer ver a otros países el fondo social del conflicto salvadoreño. Estados Unidos se dejó llevar por la ideología que veía la estrategia comunista en cualquier conflicto latinoamericano y la amenaza de una posible "cubanización" de Centroamérica. Las élites privilegiadas, dominantes tradicionales en una estructura de injusticia radical, alimentaban esa imagen y ellos mismos se la creían, como forma de mantener su poder interno apoyado desde afuera. Ya antes del estallido militar del conflicto muchas voces se alzaron para denunciar y analizar la injusticia radical de las estructuras económicas y sociales salvadoreñas. Durante todo el proceso se insistió en que no habría solución posible mientras no se viera y se buscaran soluciones a este nivel. En la medida en que la mirada internacional fue capaz de abrirse a esta dimensión y la amenaza soviético-cubana pasó a un segundo plano, se facilitaron los medios para negociar y llegar a acuerdos. Que haya sido la ONU, a través de un negociador latinoamericano (el peruano Alvaro de Soto) apoyado por un equipo formado por otros latinoamericanos, con facilidades de los Gobiernos de países como México,

Colombia y Venezuela, la institución "catalizadora" de la negociación es un aliciente esperanzador para el futuro de las relaciones continentales.

ASPECTOS CENTRALES DEL ACUERDO

El reconocimiento de la violación de Derechos Humanos durante el conflicto armado, de la necesidad de esclarecer quiénes fueron sus responsables y garantizar su vigencia en el proceso que se inicia, es un aspecto relevante de la negociación. Las partes han acordado la creación de una "Comisión de la Verdad" para esclarecer quiénes han sido los responsables de las violaciones de los Derechos Humanos de mayor repercusión social cometidas desde 1980. La paz no significa impunidad, sino justicia y reconciliación. En el mismo orden de cosas se acordó la creación del cargo de Procurador de la Defensa de los Derechos Humanos y facultar a la Asamblea Legislativa a tomar acciones, hasta destituir al director de la Policía Nacional o al del organismo de Inteligencia, si se comprueba su participación en este tipo de violaciones. A las inmediatas una Misión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas verificará el pleno respeto de los acuerdos en relación al respeto a la vida, desmantelamiento de los "escuadrones de la muerte", desaparición de las capturas ilegales, la incomunicación y tortura de los detenidos, y en general vigilar la instauración de un Estado de Derecho.

En lo militar los acuerdos comprometen a la reducción a la mitad (31.000 hombres) de la Fuerza Armada, eliminando aquellas estructuras que nacieron específicamente para combatir la guerrilla, además de su depuración. También se comprometen a dotarla de una nueva concepción en la línea de una Fuerza cuya misión sea la defensa de la soberanía territorial y esté subordinada al poder civil.

La instauración de una Policía completamente desligada de la Fuerza Armada, completamente formada para un servicio civil, en resguardo del orden público y auxiliar del sistema judicial, completa esa reestructuración militar.

En lo económico un aspecto central de los Acuerdos es el compromiso del Gobierno de realizar la pospuesta y tantas veces tergiversada reforma agraria. Dotar de tierras al campesino, dentro de un marco legal que garantice su estabilidad, es saldar una vieja cuenta con la justicia social. Pero, además, se obliga a la asistencia técnica y crediticia que permitan hacerlo productivo para sí mismo y para la sociedad.

Los acuerdos sobre la cuestión política

parten del principio del reconocimiento de los diferentes actores. El FMLN se propone convertirse en un partido dispuesto a luchar en este terreno por la conquista del poder para realizar su proyecto por la vía democrática del apoyo social. Igualmente, se acordó una reforma de la Constitución que fundamente el edificio jurídico que es necesario construir para regir una sociedad sobre estas nuevas bases, establezca una auténtica separación de poderes que logre su equilibrio, promueva la independencia del sistema judicial y la subordinación del Ejecutivo y la Fuerza Armada al Legislativo como representante del conjunto de la sociedad.

CONVERTIR EN PAZ LA AUSENCIA DE GUERRA

Hace doce años no había guerra en El Salvador, pero tampoco había paz. Quienes se lanzaron por esta vía lo hicieron convencidos de que no había otra manera de conseguir las bases de justicia social necesarias para que una comunidad humana viva en paz. El haber conseguido una fuerza militar, con respaldo social, suficiente para obligar al Gobierno a negociar y pactar ha sido el paso necesario para comenzar a construir un país sobre otras bases. Pero, aunque suene a perogrullada hay que repetirlo, el Acuerdo de Paz no significa la solución automática de la injusticia social y la violencia inherente a ella.

El surgimiento del pueblo como sujeto de la sociedad salvadoreña es una condición indispensable para la paz. La presión para mantener la injusticia anterior se encargó de impedir la organización del pueblo y de eliminar las pocas asociaciones populares que surgieron. La guerra no fue el marco apropiado para la maduración de una sociedad civil plural y participativa. El pueblo salvadoreño ha sido capaz de resistir la guerra con fe y esperanza. Realizar ahora la paz exige unas relaciones sociopolíticas de amplia participación y pluralista en las que las organizaciones propias del pueblo, y otras instancias organizativas de las sociedades contemporáneas, encuentren espacio y aliento. Más aún sean la fuente misma de la legitimidad de los poderes públicos e instancias de regulación de su ejercicio.

La reconstrucción del país devastado por una guerra sin piedad para la gente, para la naturaleza y para la infraestructura productiva y de servicios del país, es una tarea urgente. Los cálculos de pérdidas que las estiman en más de 2 mil millones de dólares son cifras al aire, en un país cuyas reservas internacionales apenas alcanzan los 18 millones de dólares. ¿Cuánto cuesta hoy no sólo volver a tener

lo que se tenía, sino una infraestructura para una actividad de producción y distribución de bienes y servicios capaz de ofrecer las condiciones de una vida digna a más de cinco millones de salvadoreños que han vivido y viven en la extrema pobreza?

Es evidente que El Salvador por sus propios medios no puede reconstruirse aunque todos los esfuerzos posibles de sus ciudadanos, organizaciones e instituciones converjan unánimes en esta tarea. Los cuatro mil millones de dólares que destinó el gobierno norteamericano al sostenimiento de un bando de la guerra ¿estarán disponibles para animar la economía de paz salvadoreña? Otras experiencias, como Nicaragua o Panamá, nos inclinan a ser pesimistas. Los países latinoamericanos como Venezuela y México, implicados en la fase de negociación, ¿están dispuestos a echar una mano, o se refugiarán en la magnitud (real sin duda) de sus propios problemas sociales y económicos para conformarse con palmaditas de aliento en esta fase de la construcción de la Paz? ¿Y la crecida Europa? Quizás en esta fase van a quedar al descubierto los límites enormes de un sistema internacional que, a veces, logra evitar la guerra, pero está incapacitado para construir la paz. Su primitiva concepción y escasez de instrumentos operativos impiden su incidencia efectiva en la creación de un "nuevo orden internacional" cuya base sea la justicia social entre las naciones y dentro de cada una de ellas.

La guerra obligó a cientos de miles de salvadoreños a emigrar de su país. Familias y pueblos enteros se vieron obligados a dejarlo todo y rehacer su vida en otras partes. Algunas de ellas realizaron experiencias novedosas de organización comunitaria en el exilio, como la de Colo-

moncagua en Honduras que después de ocho años de esfuerzos conjuntos regresaron a El Salvador y fundaron la Ciudad Segundo Montes en la zona de Morazán. Para todos, sin embargo, la vuelta a la patria no es fruto de un proceso de maduración personal y colectiva. Crear las condiciones para el regreso de todo a que los salvadoreños que quieran hacerlo y puedan trabajar en paz, es otro reto de esta fase de su proceso.

No basta la reconstrucción económica y la reconciliación política para convertir en paz la ausencia de guerra. Hay que rehacer las bases de la convivencia social. Los acuerdos no son, no pueden ser, "borrón y cuenta nueva". La historia de El Salvador no comienza el 16 de enero de 1992. Asumir esa historia con sus consecuencias es un proceso sumamente difícil, pero necesario para que se pongan las bases de la justicia y de la paz. Ni la venganza ni el olvido ingenuo son respuestas. La historia social es fruto de acciones responsables de individuos y grupos. Señalar esas responsabilidades con toda claridad, asumirlas con sus consecuencias es la base de un proceso de reconciliación nacional. No puede haber perdón si se oculta o tergiversa la verdad de decisiones y hechos injustos e inhumanos que llenaron de dolor a todas las familias salvadoreñas. El perdón es la plena humanización del proceso que comienza con el reconocimiento de la responsabilidad y su justa sanción.

La fe que vive en el pueblo salvadoreño ha hecho que hayan derramado su sangre para evitar males muy grandes. Esa misma fe puede ser un motor interior de gran potencia para que entreguen sus vidas en la construcción de un pueblo de hermanos en relaciones de justicia. Si se acierta en ese camino se llegará a la paz que hoy celebramos en esperanza.



NUEVO MUNDO

REVISTA DE ORIENTACION PASTORAL

Editada por los
Hermanos
Menores
Capuchinos de
Venezuela

...

25 años al servicio
del Reino en el
NUEVO MUNDO

SUSCRIPCION

Venezuela 100 Bs;
América 20 dólares USA;
Resto del mundo 25 dólares USA

DIRECCION

Apartado de Correos 51.608
Caracas 1050-A
Teléfono (02) 826873

Centro Paulino
Salas a Caja de Agua. Caracas

Para estar
al día
en la
dinámica
teológica y
pastoral
latino-
americana